

PEDRO
SABORIDO

— UNA —

HISTORIA

— DEL —

FÚTBOL



Pedro Saborido

Una historia del fútbol

En 43 cuentos, 18 testimonios,

99 personajes inciertos,

12 circunstancias discutibles, 5 episodios
inverosímiles jamás contados, 4 heridos, 2
de muzzarella, 3 de fainá, 6 cortados mitad
y mitad, 1 almendrado y coso.

1

CAPÍTULO



ENCUENTRO CON UN ÍDOLO

Podemos apreciar a un artista, a un deportista o a un científico por su obra. ¿Pero qué pasa cuando sus valores humanos, más allá de su talento, nos provocan asco?

Jamás pensó que se lo iba a encontrar en persona. Fue en el lobby de un hotel. Como era de suponer, estaba rodeado de gente. Reía. Sus dientes blancos se destacaban en la noche de su piel. Lo admiraba. Sí, veneraba su talento. Pero a su vez, lo despreciaba como ser humano. Si era digno, si era honorable, debería decírselo en la cara. Enfrentarlo.

Entonces, con ese caminar que sólo da la decisión, cruzó el lobby, se acercó y le dijo:

—Hola. Primero mi respeto por su talento sin igual. Usted me ha hecho disfrutar del fútbol. Me ha dado esa alegría con su arte. Ese que sólo es propiedad de los elegidos. No importa si ha sido el mejor. El número uno. Quizá sí. Pero hay algo en que, se lo aseguro, no es el mejor. En ser hombre. Usted está dentro de los peores... Déjeme que le diga... Si alguien me habla de un desclasado de mierda... pienso en usted. No quiero

decirle negro de mierda. No soy racista. No creo en las razas. Creo en el ser humano. Pero déjeme decirle... Usted ha sido el esclavo de Havelange. El gran besador de culos de Havelange. Besaculo de ricos. Estoy seguro de que esa magia que posee en sus pies también la tiene para besar culos. Deberían transmitirlo en vivo. Desde un estadio repleto de público. A todo el mundo. Usted besándoles el culo a los poderosos. Poner empresarios, gobernantes de derecha, explotadores de trabajadores, magnates del fútbol... Todos en fila. Y usted besándole el culo a uno por uno. Besando culos en el aire. Besando culos de palomita. Porque usted es el maestro en negar de dónde viene. El mariscal de los que se olvidan de su gente. Escuche estos nombres: Mandela, Luther King, Malcolm X, Milton Nascimento, Gilberto Gil. Esos son los que valen. No usted, negro arrastrado que quiere ser blanco. El esclavo que se convierte en esclavista. Preste atención a quién le voy a nombrar... Cassius Clay. Muhammad Alí. Ése sí era un ídolo. Ése era un gran hombre. Usted jugó maravillosamente a la pelota. Eso lo hizo famoso. Pero ser grande es otra cosa. Ser grande no es hacerle el juego a las multinacionales y las corporaciones que manejan el fútbol, a los que no cuidan los derechos de los jugadores. Usted traicionó todo. Usted es un Tío Tom del poder concentrado del fútbol. ¿Messi? ¿Maradona? ¿Di Stefano? No me haga pensar en eso. No me gusta. Soy argentino, pero no quiero ser argentinista. Pienso en Garrincha. Pienso en otros grandes del fútbol brasileño. Ese fútbol

que disfruto, admiro y respeto. Pero usted... Usted es lo que mi padre diría «un piojo resucitado», un traidor a su clase.

Porque tuvo la bendición, la suerte, de llegar a lo más alto. Y no lo aprovechó para ayudar a aquellos que, como usted, sufrieron o sufren la miseria... Ya podrá decirme lo que quiera. No me importa su respuesta. Usted podrá estar en cocteles de gente adinerada, entre miles de adulones que lo van a rodear sólo para sostener su vanidad. ¿Pero sabe qué? Ya que tiene un nombre tan largo, Edson Arantes Do Nascimento... ¿Por qué no lo alarga más? Edson Arantes Negro Desclasado do Mierda Do Nascimento. Es más adecuado. Porque usted no tendría que haber sido apodado *Pelé*. Tendría que haber tenido otro apodo. Le cabe mejor el apodo *Caquinho*. No *Pelé*. O mejor... *Soreté*. Su equipo hubiera sido El Santos de *Soreté*. «O Rey *Soreté*», dirían los periodistas. Muhammad Alí. Ése era un grande. Que seguro, hoy, desde el cielo, diría aquello que alguna vez dijo, y que yo voy a repetir ahora: «Cuando veo mierda, escupo».

(¡Sonó el sput! El salivazo blanco se destacó en el moreno rostro)

—Ahora sí, lo escucho.

—*I am not Pele. I am Morgan Freeman. I'm an actor.*

—Uy, *sorry*. Déjeme que le limpie.

Nota del autor: Morgan Freeman es un actor y director estadounidense, ganador del Oscar en 2005 por su actua-

ción en *Million Dollar Baby*. También fue nominado por la Academia por su desempeño en las películas *El reportero de la calle 42*, *Paseando a Miss Daisy*, *Cadena Perpetua* e *Invictus*.

LO QUE ME LLEVO DE TROFEO

«Solemos visitar el cantero de los felices momentos en el jardín de los recuerdos. Para sentir el aroma de esa flor que el tiempo marchitará. Ese aroma que lentamente se irá con la imperceptible brisa que soplan los minutos.»

KONRAD ADENAUER

Ah, la imperiosa necesidad del objeto que necesitamos como recuerdo de nuestro paso por algún lugar, del evento que hemos presenciado, ese instante que queremos prolongar. Esa piedra de Córdoba, esa postal de San Clemente del Tuyú. Esa entrada del recital de Elton John que guardamos. Esa remera de Elton John que compramos a la salida, junto al reloj de Elton John y al peluquín de Elton John con flequillo desmontable.

Todo eso que tomamos como posesión para congelar el tiempo, como consuelo. Una torpe trampa al momento que inevitablemente, sabemos, tomará fuga.

¿Qué decir entonces del festejo de un campeonato? La turba invade el césped. Entre saltos, cánticos, risas, llantos y abrazos, siente también el impulso de llevarse la pelota con la que se jugó el partido. O un pedazo de

pasto o un tramo de la red del arco. O la camiseta de un jugador.

¿Quién no ha visto la foto del ídolo festejando, en cueros y slip, después de dar su indumentaria a algún simpatizante que, como trofeo, se la llevará a su casa?

O como ocurrió con el campeonato que logró El Porvenir, en 1998. La hinchada se llevó camisetas, pantalones, botines, banderines de córner, sectores del alambrado, el 30 por ciento de la tribuna que da a las vías del Roca, un puesto de Coca-Cola, el bigote de un juez de línea y al *Chucky* Fernández, bravío número 4.

Tímido y apocado, *Chucky* no se animó a sacarse la camiseta ni el pantalón. Fue cuando Adriana Battista, una joven y hermosa simpatizante conocida como *La Michelle Pfeiffer de Gerli* pero que «está más buena todavía», ante la pertinaz negativa de entrega de su indumentaria, prefirió llevarse a *Chucky* de recuerdo.

El padre de Adriana estaba chocho, porque era también hincha de El Porvenir.

La madre al verla llegar con el jugador puso esa cara cómplice de pícara desaprobación que suele verse en comedias familiares televisivas.

—Mmmm... Adrianaaa... ¿quién es este jugador que te trajistes?

Los hermanos de Adriana, también chochos.

Y *Chucky*, feliz. Retozando semanas y semanas en la cama de Adriana, al lado de un peluche.

Obviamente la chica lo alimentaba y le daba sexo.

Se hizo amigo de un sonidista de Los Ramones, que

también había sido tomado de recuerdo en un recital en Obras. *Chucky* se quedó como tres años. Un día notó que ya no lo sacaban para mostrarlo a familiares o amigos invitados. Se dio cuenta de que ya no era novedad. Como todo recuerdo, pasó a ser parte de la habitualidad en la escenografía de un hogar. De tanto estar presente, todo recuerdo de un momento se vuelve vulgar. Ahí entonces se fue. El sonidista de Los Ramones todavía vive allí. En el lavadero, al lado de un metegol desarmado.